



Buenos Aires, diciembre de 2018

## Circular N° 588

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti.

\*\*\*

***“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer.”***

**(Juan 15: 15)**

Podríamos decir que tenemos el privilegio de escuchar la palabra de Dios por la manifestación del Espíritu Santo y la gracia que Dios nos da de poder entender. Porque la palabra no solamente la tenemos que escuchar y obedecer, como si no tuviéramos la razón. Dios no quiere eso, Él quiere que entendamos. Cuando Jesús fue crucificado le dijo al Padre: *“Perdónalos, porque no saben lo que hacen”* (Lucas 23:34). Jesús justifica a los hombres porque no saben. No estaban entendiendo quién era Él y aquello que había venido a hacer. Nuestro Señor Jesucristo revela, muestra a Dios como es. Y Jesús también dijo que el don del Espíritu Santo iba a traer de lo de Él y nos lo iba a hacer saber.

Entonces es esa manifestación del Espíritu Santo la que nos revela al Padre y al Hijo.

Porque está preparando una morada, porque tenemos planes; Dios tiene planes para con el hombre desde el principio.

Y dice en estos pensamientos que hoy trae el Apóstol Mayor que somos instruidos por el Espíritu Santo, para que seamos capaces de contribuir al plan de salvación. Porque Dios quiere salvar a todos los seres humanos. Dios no hace acepción de personas. Nosotros corremos el riesgo muchas veces de pensar que los que no están en la Iglesia, la conocen y han decidido no estar. Pero resulta que no la conocen, nadie les ha contado cómo es. Todos tienen que tener la posibilidad de venir libremente, de ver, de escuchar y después tomar la decisión con la misma libertad. Cada uno hace su propia experiencia espiritual. Creer es una gracia. No todos pueden creer, pero eso no los hace ni mejores ni peores.

El don del Espíritu Santo nos instruye para que seamos capaces de contribuir a la salvación del prójimo. Ciertamente, a veces tenemos algunos prejuicios con respecto a “algunos prójimos” y hasta le podríamos decir al Padre: *“¿Tú no sabes quién es mi prójimo? ¿En serio? Porque con este yo no quiero ni cruzarme en la calle”*. Pero Jesús no hizo acepción de personas. Justamente, Él marcó el camino de los imposibles. Se juntaba con los que nadie se quería juntar.

Dice el Apóstol Mayor: Ser un servidor no es degradante. A veces las palabras se pueden usar en un sentido peyorativo. No queremos correr el riesgo de asignar al servir un sentido peyorativo, entendiendo que se es un esclavo de otro. En la Iglesia, servir es ser útil. Servir tiene que ver con cumplir un propósito, con aquello a lo que fuimos enviados cada uno de nosotros. Y como Jesús no es que mandaba a hacer las cosas, sino que daba el ejemplo, cuando leemos las Escrituras y participamos de los Servicios Divinos, tenemos que tomar “nuestros propios apuntes”. Como cuando uno estudia y pide a un compañero sus apuntes, pero quizás escribe lo que le parece, o tal vez no es lo que yo necesito. No nos vayamos de la Iglesia con los “apuntes” de otros, tomemos los nuestros. Y no se refiere literalmente a tomar nota, sino a que tomemos apuntes en el corazón para que tengamos un vínculo con la palabra.

Para que después, como dice la Escritura, *“lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos”* (comparar con 1 Juan 1:3). Anunciamos lo que Dios hizo con cada uno de nosotros.



Jesús mismo fue un ejemplo también en esto. En aquel tiempo pasaban las mismas cosas que en este tiempo, porque había personas como hay ahora. Y las cosas que se les ocurren a las personas, son las mismas. En un momento le preguntaron a Jesús quién sería el mayor después de Él. Jesús sería el que se inclinaría y lavaría los pies a todos rompiendo los ritos, las costumbres y formalidades. Por un lado lo reconocían como el Hijo de Dios pero por el otro Él se inclinó para hacer un trabajo que, en esa época, hacían los esclavos, los siervos. Porque la respuesta había sido: *“Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos”*.

Jesús revela a Dios, muestra cómo es el Padre. Y en la casa del Padre, las cosas son así. En el versículo anterior al texto que hemos leído, dice:

*“Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando.”*

A veces en una empresa o en una casa, hay alguien que decide. Por ejemplo, los padres deciden algo y tal vez los hijos no son partícipes de esas decisiones. Entonces, como hijos, quizás nos hemos preguntado: ¿qué están haciendo o pensando mis padres? En una empresa, a veces los empleados u operarios, no saben qué es lo que está decidiendo el dueño o la gerencia. No les preguntan, no los participan... Acá el texto dice:

*“Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer”*.

Por eso la naturaleza y el sentido de este Servicio Divino es estar aquí como amigos, como aquellos que forman parte del pueblo y de los siervos de Dios. Como aquellos que, cuando Dios los llamó, levantaron la mano y dijeron: “voy”. Hacemos su voluntad, que es que nos sirvamos unos a otros, preparando su retorno. Siéndonos útiles los unos a los otros. El otro tiene que saber qué es lo que hay en la Iglesia, cómo es nuestro Señor Jesucristo y cómo es el plan de salvación. Porque es algo único, que cambia todo el equilibrio de fuerzas de una persona. La persona que no cree seguramente piensa que su tiempo de vida es su tiempo de existencia aquí sobre la tierra. Después, algunos dirán que es la nada misma, otros que se van a reencarnar en algún animal, etc. Es una gran incertidumbre. No es lo mismo planear cuando uno sabe que cuando uno no sabe. Y no tomemos como algo natural el plan de redención porque no todos lo conocen.

Abraham fue llamado amigo de Dios. Sabemos todas las cosas que tuvo que pasar. Dios llamó a Abraham su amigo pero no porque se sentaba a comer con él o porque la pasaban bien. Abraham era un muy buen comerciante en la ciudad de Ur, en Caldea y un día Dios le había dicho: *“Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”* (Génesis 12: 1). Tampoco le dijo adónde lo mandaba. Lo sacó de su tierra y lo envió al desierto. ¿Qué le habrá dicho a su familia? “Vamos”. “¿Adónde?”. “Adonde Dios nos va a mostrar”. Esto pasó cuando Abraham tenía 75 años; 24 años después Dios le regaló un hijo. Y luego le pidió la vida de ese hijo. Cuando su hijo le pregunta qué iban a ofrendar, a ofrecer, él responde: Dios proveerá.

A Abraham las cosas no le fueron fáciles. Fue probado, pero pasó la prueba porque creyó. Y es contado como un amigo de Dios. A veces decimos que los amigos son los que están con nosotros en las buenas y en las malas. Pero en honor a la verdad, tampoco hay cosas malas para el hijo de Dios, porque *“a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien”* (Romanos 8:28).

Como no hay un punto de finalización de nuestra vida, porque creemos en la existencia del alma cuya vida se extiende más allá del cuerpo que la contiene, entonces las cosas no se terminan cuando tengamos muchos años, cuando nos enfermemos mal o cuando tengamos algún accidente, si es que lo tenemos; nuestra alma vive. La tarea es, en este tiempo, vivir en función de esa alma cuya vida no se extingue con la vida material, a la que Dios le dijo: *“Yo te conozco, te puse nombre, mío eres tú”* (comparar con Isaías 43:1).



Jesús describe esa tarea de ir en busca del otro en la parábola de la moneda perdida, que está en Lucas, capítulo 15, versículos 8 al 10:

*“¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, y barre la casa, y busca con diligencia hasta encontrarla?”*

Esto pasaba porque eran como unos collares que tenían diez dracmas. Cuando si una mujer no tenía diez dracmas, tenía otra condición delante de sociedad de ese tiempo. Entonces esa mujer que perdió una dracma la buscaba afanosamente, porque encontrar la que le faltaba le devolvía la condición social que había perdido.

*“Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido. Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.”*

En cada Servicio Divino el primer pecador que se arrepiente debemos ser cada uno de nosotros. Pero también darle la oportunidad al otro de saber cómo es, de entender. El Apóstol Mayor refería que los escribas y fariseos creían que si aprendían la ley de memoria y la llevaban a cabo al pie de la letra entonces tenían acceso a la salvación. Por eso lo del joven rico. Pero cuando vino Jesús y dijo que las cosas no eran solamente como decían los escribas y sacerdotes, sino que había otra cosa, les cambia todo el eje. Si querían agradar a Dios tenían que reconocer a Jesús. Y tenían que entender qué cosas eran agradables y cuáles no delante de los ojos del Padre. A lo mejor no era exactamente lo que habían entendido hasta ese momento, entonces, no sabían si reconocerlo o no.

No obstante, no se trata de juzgar. Si Jesús hubiera aparecido en este tiempo y estuviera hablando en las plazas en este tiempo, si estuviera devolviéndole la vista a los ciegos o haciendo caminar a los que están inválidos en este tiempo, ¿haríamos fila para verlo? ¿Saldría en la tele? O diríamos: “es un loquito que está en la plaza”... No se trata de juzgar a los hombres de aquella época sino de mirarnos nosotros, si somos capaces de creer, por fe.

Seguir a Dios y al Evangelio no es negar una “zona de confort”, como se suele decir actualmente, sino buscar una palabra que nos haga permanecer fieles. Porque en la patria celestial hay cosas que son importantes. Por eso es necesario escuchar y participar de los Servicios Divinos.

Pero no seguimos a los hombres, sino a Dios. Y no basta con observar las reglas para ser salvo: hay que creer en Jesucristo, seguirlo; creer en que hemos sido renacidos de agua y de espíritu, creer en que es necesaria la redención y el seguimiento. Y anunciar a Jesucristo, siendo una sola cosa, así como Él y el Padre son una sola cosa. Quiere decir que, si queremos adquirir esa semejanza con nuestro Señor Jesucristo, entonces tenemos que ser una sola cosa con Él y también entre nosotros. A veces cuesta, pero lo que tenemos por delante es lo que “ojo no vio, ni oído oyó” (1 Corintios 2:9). Entonces ayudamos a apropiarnos del sentir de nuestro Señor Jesucristo en nuestro corazón

\* \* \*